

Los libros en Europa

Un espejo lejano. El calamitoso siglo XIV, *Barbara Tuchman, traducción de José Antonio Gutiérrez-Larraya, Península, Barcelona, 2000, 574 pp*

Recogiendo sugerencias de ciertos historiadores –Egon Friedell por ejemplo– Tuchman (1912-1989) investiga esa frontera de la Edad Media con la modernidad que es la Peste Negra. Una experiencia colectiva de muerte y resurrección da como resultado la categoría espiritual, intelectual y religiosa del Renacimiento. A la vez, el mundo donde surgirá la tópica luz de los nuevos tiempos es oscuro, corrupto, cruel, malvado o, para decirlo con el adjetivo que escogió la autora: calamitoso. Huizinga vio asimismo el otoño medieval como un momento pregnante pero tenebroso y doliente de la historia.

Tuchman, como siempre, no va muy lejos en cuanto a especulación conceptual. Prefiere la narración, bien ordenada y a menudo menuda, valga el eco. Nos anoticia, a partir de la vida de Enguerrando de Coucy, de la vida cotidiana de aquellas gentes, señores de la guerra (que se anticiparon al actual proceso de privatización bélica posmoderno), cachondos y pecadores, supersticiosos y algo letrados, nobles y carentes de piedad, implacables conquistadores

y ceremoniosos cortesanos. Amores, habitaciones, armas, venenos, medicamentos, ropajes, alianzas políticas, disputas teológicas, todo pasa a través de este buen señor, minuciosamente olvidado por la Gran Crónica, que fue, como todos los hombres, un poco todos los hombres.

El historiador «científico» y el ensayista formal pueden quejarse del exceso de anécdota y la sostenida amenidad de Tuchman. El lector curioso, amigo de los libros del buen amor (el amor a la buena lectura) aprenderá deleitándose y también horrorizándose de las luces y las sombras de eso que llamamos historia humana.

Campoamor y su mundo, *Manuel Lombardero, Planeta, Barcelona, 2001, 430 pp.*

Sabio, resabido y repetido de casa en casa y de ateneo en ateneo, Campoamor es hoy un poeta meramente documental. Atestigua un romanticismo tardío, fatigado y de recursos indudables y tópicos. Lombardero se hace cargo del hecho y se encamina al personaje, sobre todo su currículo administrativo y, en menor medida, político. Su vida privada es

más que modesta, sus avatares de propietario resultan previsibles, la azarosa España del siglo XIX acaba en desastre colonial.

En cambio, y a contrapelo, producen un efecto de sorpresa, por lo valientes y categóricas, las opiniones del escritor asturiano acerca del mundo social y las mujeres. Campoamor era un hombre político de carrera que desconfiaba de los poderes de la sociedad civil. En consecuencia, les aplicaba la fórmula reaccionaria: defensa a ultranza de la autoridad, el privilegio y la tradición. La consecuencia paradójica es que buena parte de la opinión ortodoxa lo consideró poco menos que blasfemo.

En cuanto a las mujeres, su juicio es lapidario: la mujer es infiable, caótica, traicionera, engañadora, melindrosa, irresistible como el mal hecho carne. No menos paradójico que el anterior, el efecto campoamoriano fue seducir a las lectoras de varias generaciones, llegando a convertirse en el poeta de las mujeres, en especial las amas de casa y las matronas, seguidas de las niñas casaderas que aprendían la cartilla del bello sexo.

Con abundancia de documentos, admiración e ironía, Lombardero nos pasea por la España de Isabelona, la Gloriosa y la Restauración, poniendo a Campoamor en primer plano, un Campoamor melancólico y pesimista, que se reprochaba ha-

ber abandonado su pueblecito de Navia, donde lo siguió esperando, sin éxito, una madre indispensable e insoportable. Él la convirtió en el género femenino y ella, sin saberlo, acabó aceptándolo.

Ética de la hospitalidad, *Daniel Innerarity, Península, Barcelona, 2001, 222 pp.*

Intentando encontrar los fundamentos de la ética, Innerarity, románticamente, los halla en la costumbre y la estética. Hacemos el bien que estamos habituados a hacer y nos parece bueno lo que aparece como bello. Los argumentos vienen luego y confirman lo que el sentimiento sostiene. De alguna manera, la ética del profesor de Zaragoza es una ética de la vida. Por ello desagua en lo imprevisible, lo sorprendente: la llegada del extraño, del forastero, del otro.

Aquí las cosas cambian porque la costumbre se cuestiona y hay que aprender a ver al otro como bello y, por tanto, como bueno, como partícipe de la vida buena que es el ideal clásico de todas las morales. La ética se vuelve hospitalaria. El anfitrión trata al huésped como el amo al siervo y éste acaba resultando imprescindible, siendo el amo del amo.

La ética hospitalaria es encuentro y recepción, disponibilidad ante lo

que es distinto de uno mismo. En tal medida, se erige en crítica de la moral y de la vida, si por tales se entienden los elementos que nos son dados por la naturaleza y la tradición. Yendo a la liza de los hechos cotidianos, el autor se enfrenta con los desafíos de la modernización, la quiebra de la solidaridad social, el paro, la inmigración, la crisis de las identidades, los vínculos entre el Estado y las naciones, la fragilidad general del mundo, no sólo de la civilización sino del medio ambiente planetario.

Innerarity, como todo ético, diseña una utopía: una Tierra donde todos seamos, a la vez, dueños de casa y convidados, anfitriones y huéspedes, lugareños y extraños. Propone una disciplina para el estudio de esta Ciudad de los Hombres: la *xenología*, la averiguación de lo otro, sin la cual ninguna cultura puede serlo cabalmente.

Contribución a una crítica del lenguaje, Fritz Mauthner, traducción de José Moreno Villa, Herder, Barcelona, 2001, 229 pp.

Menos afortunado en la academia que Wittgenstein y Heidegger, el diletante Mauthner tuvo, en compensación, un discípulo destinado a la pervivencia (Kafka) y un lector persistente y agradecido (Borges). Como aquellos, emprendió la crítica

del conocimiento como crítica del lenguaje hecha, naturalmente, con palabras. Su conclusión es escéptica, como su apoyatura inicial lo exige, o sea Kant: el lenguaje, aparte de ser una abstracción, no sirve para conocer lo real, sino para constituir una imagen convencional de «eso-que-está-ahí» y que denominamos, con otra palabra más, realidad.

La vivencia de quien habla y rememora, la idea como utopía del sentido pleno, el encuentro decisivo entre el verbo y la vida, todo esto queda fuera del lenguaje. Las palabras no son garantía de verdad, sino instrumentos del poder, de ese poder que construye lo que llamamos mundo. Pobres y poderosas, son lo único con que contamos para tratar de entendernos y participar de la historia organizada en sociedad. Si bien no nos proporcionan la seguridad final de lo verdadero, nos valen para reconocernos y saber que somos ese insaciable animal elocuente y decidor que designamos con una enésima palabra: el hombre.

Mauthner no disfruta de rentas académicas, como se dijo al comienzo. Esto lo daña y lo favorece, porque permite situarlo en ese espacio del saber que viene de Lichtenberg y Nietzsche, donde la falta de ataduras sistemáticas sitúa al pensador ante los sabrosos riesgos de la libertad.

La traducción utilizada es la hecha por Moreno Villa para Daniel Jorro en 1911 y vale como un homenaje al

escritor y al editor que tempranamente advirtieron la importancia de Mauthner y lo pusieron al alcance del lector en castellano.

Un sabio no tiene ideas, François Jullien. Traducción de Anne-Hélène Suárez Girard. Siruela, Madrid, 2001, 253 pp.

Insistiendo en sus trabajos comparatistas entre el pensamiento occidental y el chino, Jullien aborda ahora el tema de la diferencia entre filosofía y sabiduría. En la China hay sabios pero no filósofos, es decir amantes del saber que no parten de ninguna idea y proponen una vía de acceso a lo inmediato, ese camino o *dao* que está en todas partes y no conduce a ningún. La apertura, la posibilidad, la aceptación de lo uno y lo otro sin establecer contradicciones, condicionaría, según Jullien, la tarea del sabio chino por oposición a la del filósofo occidental, que busca en la crítica del saber el comienzo del Saber, persigue fines, aquerencia ideas y establece etapas en la historia del conocimiento.

A veces, en contra de sus designios, lo que Jullien muestra –y no siempre con la debida claridad– es que tanto los chinos como el resto de los humanos pensamos en cosas bastante parecidas. La dialéctica de Hegel, la apertura de Heidegger, la

contemplación nihilista del mundo exterior, todo esto también pertenece a las tradiciones filosóficas de Occidente y, si coinciden con las chinas, es que no son de unos o de otros, sino de todos.

Jullien parece apuntar a la gnosis como opuesta a la filosofía: un saber no discursivo, que se vale de la fijeza pasiva propia de la percepción para hacerse cargo, sin teoría del conocimiento ni gnoseología, de lo real considerado como natural.

Con todas sus imprecisiones y su discutible propuesta, el libro es útil para adentrarse en el denso y difícil mundo del pensamiento ideográfico chino, que Jullien domina y expone con solvencia didáctica, de modo que el curioso desinformado en dicha materia obtendrá sus beneficios al atravesar el texto.

El laberinto imaginario de Jan Potocki, Antonio Domínguez Leiva, UNED, Madrid, 2001, 468 pp.

En la segunda mitad del XVIII, durante la plenitud ilustrada y al borde de las revoluciones francesa y americana, el polaco francófono Potocki escribe su laberíntico y abigarrado *Manuscrito encontrado en Zaragoza*. Exhumado en los años cincuenta del XX por Roger Caillois, de manera parcial, fue luego objeto de cumplidas ediciones, tra-